



CAPÍTULO XV.

Autenticidad de los Lugares santos. — Pretorio de Pilato. — Iglesia de la Flagelación. — El arco del *Ecce Homo*. — *Via Crucis* ó calle de la Amargura. — Los Judíos contribuyendo á la memoria de las caídas. — Subida al Calvario. — Gran basílica del Santo Sepulcro. — Su incendio y reconstrucción. — Guardia turca. — Los peregrinos. — Solemne procesion visitando los Santuarios contenidos en el templo. — Piedra del Angel. — **EL SANTO SEPULCRO.** — Huerto de la Magdalena. — Convento subterráneo. — Los oficios de média noche. — Figuras misteriosas. — Visitas solitarias. — Oficios de los disidentes. — El coro de los Griegos. — ¡El centro de la Tierra! — Sepulcros de Godofre de Bullon y del rey Balduino.

¿Á qué ha venido esa multitud, decíamos, de hombres de todas las naciones de Oriente y de Occidente? ¿Á qué ha venido esa multitud que atravesó los desiertos y los mares: de Francos, Griegos, Armenios, Latinos y Cristianos de todas las comuniones que se agolpan en Jerusalem? ¡Ah! una voz que se levanta de todos los confines de la tierra, nos dice que es Palestina, país de recuerdos y misterios, donde mil fuentes de vida, de esperanza y de gozos inefables se abren para inundar el corazon fervoroso del cristiano. ¡Los Lugares santos!

La veracidad de las tradiciones que nos señalan el lugar preciso donde la bondad de Dios desarrolló el vasto plan de la redencion humana, sacrificando su único Hijo, está probada hasta la evidencia. Mil escritores, católicos y protestantes, mahometanos y judíos, en victoriosas apologías nos dejaron de ellos una crónica tan completa, que poner en

duda su autenticidad, sería proceder contra las reglas de la crítica y de la filosofía. Los cristianos que habitaron constantemente Jerusalem hasta su ruina por Tito; la serie no interrumpida de cuarenta obispos que moran bajo las ruinas de la ciudad santa, ya escondidos en las cavernas de los montes vecinos, ó ya en las hendiduras de los sepulcros para escapar del furor de sus perseguidores; los ídolos que levantó el poder de los monarcas sobre el Sepulcro y el Calvario, en Belen y en Jerusalem, para alejar á los cristianos de lugares adonde les reunia su ardiente amor; los dones de Constantino que los honra; los altares sacrílegos de Vénus, de Júpiter y Adónis que caen; los suntuosos templos que edificó aquel emperador en el Calvario, en Sion y en Belen, y en todos los sitios que acató la piedad de los cristianos y profanaron las estatuas de aquellos ídolos; esos mismos templos que se conservan hasta la época de los cruzados; los caballeros que los reparan; los cristianos que los conservan hasta hoy; y una serie de escritores contemporáneos á todos estos sucesos que los defienden, entre los que encontramos capacidades tan esclarecidas como S. Jerónimo, Eusebio de Cesarea, Cirilo de Jerusalem, Teodoreto, Sozomeno y otras de los siglos tercero y cuarto que presentan á una como indisputable la autenticidad de los Lugares santos, son demostraciones todas evidentes de por sí. Pero en nuestro siglo existen hombres que no admitirán el testimonio de alguno de aquellos, porque á su nombre precede la palabra *San*, ni el de otro, porque es obispo, ni los demás, por motivos que solo ellos podrán dar: á estos citaremos otra clase de autoridades, y les diremos:

« La circunstancia sobre que principalmente se fundaba la duda acerca si el lugar que ocupó el Gólgota y el Santo Sepulcro es aquel en que la devoción de los fieles los veneró mas tarde, era que estos sitios se encontraron en el interior de los muros de la ciudad, lo que hubiera estado en contradicción evidente con la Escritura, como tambien con la dis-

posicion y los usos de la capital de los Judíos. Se zanjó esta dificultad por las averiguaciones que se hicieron acerca de la situacion y de la circunferencia de los muros de la ciudad en tiempo de Jesucristo; y por medio de aquellas investigaciones se ha demostrado que el muro que existia entónces no se dirigia de la ciudadela de David hácia el Oeste, como el actual, sino desde el ángulo oriental de la ciudadela junto al Nordeste, despues por la parte del Norte, y en fin hácia la puerta actual de Damasco. Segun este antiguo delineamiento de la ciudad, todo el ángulo occidental, que parecia á la vista como un agregado tan contrario á la simetría, y en el que se encuentran el convento latino, la mayor parte del convento griego y la iglesia del Santo Sepulcro, está fuera de los antiguos muros, de los que se ven restos incontestables cerca de la puerta Judiciaria. Esta parte de la ciudad actual, en la que ya en tiempo de Jesucristo habia casas aisladas (*Bezetha*) que estaban rodeadas de jardines, fué sin ninguna duda, bajo el reinado de Claudio y por el cuidado de Agripa I, rodeada de una muralla (que era el tercer circúito). Pero este cambio del antiguo ámbito de la ciudad no tuvo lugar sino cerca de diez años despues de la crucifixion de Jesucristo.

» Independientemente de estas pruebas puramente negativas que alejan toda duda, todavía hay otras positivas que justifican la autenticidad del Santo Sepulcro y del Cavalrio.

» El amor, que tiene ojos tan atentos y perspicaces para descubrir los vestigios del muy Amado, reconoció y encontró bien pronto el sitio del Gólgota, aun en medio de las ruinas, despues de la destruccion de Jerusalem por Tito. El pequeño rebaño intimidado de los discípulos, con las alas de la paloma, « que conoce el camino de la patria, » visitó muchas veces este lugar santificado, y celebró en él el recuerdo de la mayor de las victorias.

» El emperador Adriano, que tenia una inteligencia tan culta (mas la alta cultura no le protege contra su mal-

querer hácia la simplicidad del cristianismo), queriendo poner término á las peregrinaciones que los Nazarenos hacian al Gólgota, que pertenecia entónces á *Ælia Capitolina*, hizo construir, sesenta años despues de la destruccion de Jerusalem, un templo de Vénus en el sitio en que Jesucristo fué crucificado; una estatua de Júpiter se elevó al mismo tiempo sobre la roca en que se hizo el Santo Sepulcro. Las impurezas del culto de Vénus alejaron sin duda las palomas del desierto, acostumbradas al aire puro del cielo; no obstante, esta vez aun, como sucede á menudo, fué el odio en lugar del amor el que preparó el camino. Apénas habian trascurrido dos siglos (era el año 326 despues de Jesucristo), cuando la emperatriz Helena, al hacer su peregrinacion y estando en Jerusalem con amplios poderes para ejecutar la voluntad de su hijo el emperador Constantino, buscó aquellos santos Lugares para consagrarlos en templos cristianos; precisamente entónces los restos de esos templos paganos fueron los que dieron indicios ciertos para la direccion de las excavaciones. Cuando, despues de haber quitado los escombros, encontraron al pié de la roca del Gólgota la gruta del Santo Sepulcro, exactamente como la habian pintado las relaciones de las antiguas edades; cuando fué purificada en medio de los cánticos de triunfo de los cristianos, y consagrada de nuevo como lugar de devocion, entónces la arquitectura cristiana se mostró, para su primera obra, llena de una belleza juvenil (1). »

« Si quereis conocer mi opinion, escribe el Dr Schultz, os diré que la tradicion que señala el sitio del Santo Sepulcro me parece digna de fe, consideradas las circunstancias que he mencionado, y que todo contribuye para hacernos creer que su iglesia está edificada sobre el verdadero Gólgota (2). »

Al testimonio de estos dos ilustrados protestantes pudiera-

(1) *Reise in das Morgenland*, tom. II. (Schubert.)

(2) *Jérusalem*, pág. 100.

mos añadir fácilmente el de otros ingleses y alemanes que profundizaron la materia, y son respetados en sus comunicaciones como notabilidades en cuestiones bíblicas. La luz que arrojan tantas tradiciones, tantos estudios, tantas averiguaciones antiguas y modernas, tantos escritores desde los siglos mas remotos hasta el nuestro, obligarán á confesar á cualquiera que el lugar de cada paso de la historia de la redencion humana está conocido sin duda alguna (1).

Estos son los que vamos á recorrer ahora, atravesando calles abandonadas, solitarias y cubiertas de inmundicias. Vengamos primero al Pretorio de Pilato, para seguir desde allí por la calle de la Amargura hasta el monte Calvario. El Pretorio debió ser en aquella época un vastísimo edificio; estaba dividido por una calle de las principales, sobre la cual, por medio de una galería sostenida por un arco, se comunicaban las dos partes. En la del Nordeste, donde hoy vemos edificado un cuartel de tropas, existia el palacio del gobernador; y allí presentado Jesucristo á Pilato, recibió la ignominiosa sentencia de azotes, dada por un juez sin valor para salvar al inocente. Jesus, sacado despues del palacio que habitaba el juez, pasando la calle, fué llevado al atrio que quedaba en la parte opuesta, y allí, atado á una de las columnas del edificio, sufrió los azotes que dieron sobre su cuerpo los verdugos.

Hasta no hace mucho tiempo este lugar santo, regado con la sangre del Hijo de Dios, no presentaba mas que los escombros de una antigua iglesia, y las basuras que los Judios y musulmanes iban á depositar sobre ellos maliciosamente; pero cuando en 1838 Maximiliano, duque de Baviera, viajó por Palestina, asombrado de encontrar en semejante abandono un lugar tan venerando, hizo reedificar la iglesia, y despues adornarla cuidadosamente. En el mismo pretorio fué tambien Jesus coronado de espinas.

(1) Esto mismo concluia Gibon, tom. IV.

La Escala santa, como se llama aquella del Pretorio que subió el Salvador despues de ser azotado, fué conducida á Roma en tiempo de Constantino. Jesus, debilitado por un largo martirio y por la sangre derramada en él, creyó Pilato ser un espectáculo propio para conmovier á sus enemigos, y le presentó á estos desde el arco que unia las dos partes del edificio; pues por su situacion debió dominar todos los alrededores donde el pueblo podia reunirse, cuales eran el atrio y la calle. El arco y galería que hoy vemos, edificados guardando, segun se cree, las proporciones y formas del antiguo, parecen del tiempo de los cruzados: la galería sirve de habitacion y de mezquita á un *derswiche*, que no permite entrar en su recinto á ningun cristiano. Para el que se ocupe, como Lamartine, de observar solamente la antigüedad de las piedras, este arco podrá dar materia para críticas amargas; pero para quien no considera el edificio material, sino que, con ojo mas penetrante que el de poetas sin fe, mira realizado allí un suceso el mas imponente que pudo alguna vez presenciar el hombre, así desplomado y ruinoso como se encuentra, es objeto venerable y deplora su profanacion. Á mí poco importaba que ese arco tuviese mas ó ménos antigüedad, cuando él ofrecia á mi alma el cuadro terrible que desenvuelven aquellas dos palabras proferidas por un juez inicuo: *Ecce homo!* y la contestacion del pueblo deicida que invocó sobre su cabeza las maldiciones del Cielo, gritando con furor: «Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos.»

Jesus, condenado á muerte, salió cargando su cruz con direccion al Calvario. Como mil trescientos veinte pasos distan uno de otro estos dos lugares, y su tránsito es el camino que llamamos de la *Amargura* ó *Via Crucis*. Seguido de sus acusadores y por una multitud de pueblo, salió del palacio, pasó debajo del arco donde acababa de ser presentado, y marchó bajando una especie de pendiente hasta desembocar la calle que viene de la puerta de Damasco. Á la iz-

quierda de esta misma calle se ve el lugar donde, segun la tradicion, le salió al encuentro su Santísima Madre, que luego vemos al pié de la cruz acompañándole hasta su muerte. Existió ántes en él un monasterio de religiosas, cuyos restos son aun bastante perceptibles. Al fin de la calle, oprimido el Salvador por el peso de la cruz, cayó por primera vez, y el sitio está señalado por una columna de mármol colorado quebrada, y cuya mitad cubre en parte la tierra; pero sabe muy bien descubrirla la piedad de los cristianos fervorosos. En este mismo lugar parece haber forzado los Judíos á Simon Cireneo á cargar la cruz con Jesus: Simon venia del campo, y probablemente habia entrado por la puerta de Damasco. Se sube luego á mano derecha una calle pendiente: en su parte baja los cristianos han hecho en la muralla un hueco que indica la segunda caida del Salvador, y el sitio donde encontró á las mujeres que le lloraban; en la parte alta se encuentra la puerta Judiciaria, donde concluia la ciudad en tiempo de Jesucristo. Aquí comienza el Gólgota, sitio destinado para la ejecucion de los sentenciados á muerte. Varios edificios construidos sobre él, algunos de los que pertenecen á los monjes griegos, impiden continuar la calle de la Amargura. En la parte alta del Calvario se eleva la iglesia del Santo Sepulcro; desde la puerta Judiciaria hasta allí habrá como doscientos pasos, y toda la calle de la Amargura podrá tener una milla de largo.

Los Judíos han contribuido sin pensar á que conozcamos mas bien los Lugares que señaló el Salvador con cada una de sus caidas durante este pasaje doloroso. Prescindiendo que el amor de los primeros cristianos tuvo cuidado de señalarlos, como lo acreditan los escombros de templos, las columnas rotas y las hendiduras mismas abiertas en murallas seculares, aquellos los convirtieron en inmundas cloacas, creyendo llenar un deber religioso cada vez que arrojaban inmundicias sobre aquellas columnas ó sobre aquellos escombros de los arruinados edificios. Á tanto llega su preo-

cupacion, que hasta ahora se nota que ningun Judío atraviesa la calle de la Amargura sin arrojar salivas sobre los lugares donde se señalan las caidas del Salvador. Por este motivo les estuvo prohibido entrar en el templo del Santo Sepulcro hasta el año de 1840. Pero ese mismo desprecio que un pueblo ingrato y obcecado hace de su Salvador, viene á contribuir á su triunfo, conservando fresca la memoria de los lugares salpicados con la sangre que cayó sobre la cabeza de los que la derramaron. La generacion fiel que adora esa Víctima inocente viene á postrarse en los sitios por donde fué conducida al sacrificio, y sella con sus labios la tierra que roció con su sangre.

Subiendo una especie de terraplen sostenido por piedras medio destruidas, se ve el frente de la basílica que contiene los santuarios mas venerandos, imperfecto por edificios que levantaron los Griegos. Su campanario lo hizo derribar Saladino, y una de las dos grandes puertas por donde se penetra en su recinto, fué amurallada hace muchos años. El frontispicio del edificio manifiesta bien su antigüedad, que se remonta á las épocas mas lejanas de la arquitectura bizantina. Como desde su origen fué destinada para cubrir diversos lugares santificados con los misterios de la Pasion, su plan es muy irregular. Forma no obstante una especie de cruz, que contiene ciento veinte pasos de largo y setenta de ancho. La gran cúpula que cubre el Santo Sepulcro sirve de centro á la iglesia, y le da una fisonomía suntuosa: su interior está rodeado de galerías que contribuirían á hermosearla, si no estuviesen cortadas por habitaciones y capillas que los Griegos y Armenios han fabricado en las naves colaterales, en las galerías mismas y en todas partes. Este lugar sacrosanto por sus misterios, tradiciones y remota antigüedad, devastado tantas veces por los Árabes y Persas, por los Turcos y los Egipcios, fué últimamente abrasado por un incendio á las tres de la madrugada del 12 de octubre de 1808, dos años despues que lo visitó el vizconde de Cha-

teaubriand. La relacion interesante de este incendio, origen de infinitas cuestiones que han promovido despues los Griegos, protegidos por la Rusia contra los católicos, cuyos derechos representa la Francia, la ha publicado un ilustrado Trapista, del que la copiamos. Los hechos que en ella se citan han venido á figurar despues en muchas notas diplomáticas, á que han dado lugar las pretensiones cada vez mas avanzadas del zar, protector de la *ortodoxia*.

«La mañana del 12 de octubre fué terrible; el recuerdo de este dia desgraciado arranca un grito de dolor á los corazones mas indiferentes, á los corazones mas empedernidos. Los católicos, los cismáticos y los herejes están afligidos, los Orientales y los Occidentales lloran, los mismos Judíos derraman lágrimas; nadie hay en la ciudad santa, de cualquiera nacion que sea, que no participe del dolor y de la consternacion general. La iglesia del Santo Sepulcro, este monumento edificado por santa Helena y Constantino con una magnificencia imperial y conservado por la piedad de los cristianos, este templo, el mas augusto del universo, este templo, que causaba la admiracion de las naciones mas lejanas, acaba de ser consumido por las llamas! Todavía se ignora si es efecto de un accidente ó de la malicia; mas la rapidez del fuego ha sido tal que en el espacio de algunas horas las galerías, las columnas y los altares han sido destruidos. Hé aquí varios detalles de este deplorable acontecimiento:

» En la noche del 11 al 12 de octubre, hácia las tres de la mañana, principió á manifestarse el fuego en la capilla de los Armenios, situada sobre la galería ó terrado de la gran iglesia del Santo Sepulcro. El ayuda de sacristan de los religiosos de San Francisco, que iba á visitar las lámparas de la capilla del Calvario, fué el primero que se apercibió de ello; y como allí no habia alma viviente sino un pobre sacerdote armenio, anciano á quien la vista del fuego le habia como alterado la razon, corrió al momento á buscar socorros. Pero la rapidez de la llama los hizo inútiles; cuando llegaron,

aquella habia abrasado ya la capilla de los Armenios, su habitacion y tambien la de los Griegos, de las cuales una parte estaba construida con madera seca y pintada al óleo.

» Los PP. Franciscanos habian ido á descansar despues del oficio de média noche. Despertados por el ruido extraño que oyen en la gran iglesia, se levantan de priesa; ¿cuál es su terror!... Á pesar de mil peligros van al fuego... La puerta está cerrada; y lo que pone colmo á su desesperacion es que, pocos momentos despues, las llamas que salen del lado de los Griegos y de los Armenios, del de los Sirios, de los Abisinios y de los Coftos, amenazan la cúpula del templo, construida con vigas enormes, cubiertas con plomo, y elevada perpendicularmente sobre el monumento, en el cual se encuentra el Santo Sepulcro. Las vigas de que acabo de hablar habian sido traídas del monte Líbano, gastando mucho, al principio del siglo pasado, cuando los príncipes cristianos hicieron levantar aquella média naranja, verdadera obra maestra por su altura y por lo atrevido de su construccion.

» Todos huyeron... Los PP. Franciscanos, que permanecieron solos y privados de instrumentos necesarios, procuran pasar por una ventanilla para ir á avisar al monasterio de San Salvador y á los ministros del gobierno turco. En este intervalo los jóvenes Árabes católicos se arrojan de fuera al interior, y arrostran las llamas, para salvar, si es posible, algunos objetos. Pero en este instante el fuego llega á la cúpula, á los altares de la Santísima Virgen y al órgano: la iglesia parecia un horno. Bien pronto las pilastras se desploman con estrépito, y con ellas los arcos y las columnas que rodean el Santo Sepulcro, que es inundado de una lluvia de plomo; el fuego es tal que se rasgan las mas gruesas columnas de mármol: lo mismo sucede con el pavimento y con el mármol que cubre el sagrado monumento. En fin, entre cinco y seis la gran cúpula cae con un ruido espantoso, y arrastra tras de sí todas las gruesas columnas y las pilastras

que sostenian la galería de los Griegos, así como tambien las habitaciones de los Turcos que se hallaban cerca de la média naranja.

» El Santo Sepulcro está enterrado bajo una montaña de fuego que parece destruirle para siempre; la iglesia ofrece el espectáculo de un furioso volcan.

» Despues de la relacion de un infortunio tan grande, me considero dichoso al poder consolar vuestra piedad, refiriéndoo la eficacia de la asistencia divina en favor de los religiosos de San Francisco.

» Habiéndose quemado la puerta de madera que separa el altar de María Magdalena de la capilla del coro de la gran basílica, las llamas han respetado la sacristía, todos los objetos que contiene nada han padecido; y el pequeño monasterio de estos venerables Padres, las celdas que encierra y su capilla no han recibido la menor lesion.

» Ningun mármol del sitio en que Jesucristo se apareció á María Magdalena despues de su Resurreccion se ha echado á perder, aunque el fuego fué muy activo en esta parte, quemó el órgano, y rompió y calcinó el mármol que lo rodeaba.

» Una de las capillas del Santo Sepulcro que es servida por los Franciscanos, aun cuando colocada bajo la cúpula y por consiguiente en el centro del fuego, no ha sufrido en su interior: se han encontrado las sederías que la adornaban, y aun los cordones de las lámparas; el magnífico cuadro sobre tela de la Resurreccion, que cierra el Santo Sepulcro, estaba intacto, aunque la capilla de Nuestra Señora de los Dolores de los Coftos, que estaba junto al monumento, ha sido reducida á cenizas.

» De la capilla del Ángel, que se halla á la entrada del Santo Sepulcro, solo se ha quemado la mitad de los tercios que la adornaban; los muros y el pavimento han quedado intactos.

» En la capilla del Calvario se ha podido salvar ilesa la

estatua de la Virgen Santísima de los Dolores, que se encontraba entre el altar de la Invencion y el de la Exaltacion de la Cruz. Esta estatua es una donacion del rey de Portugal.

» El sitio en que Nuestro Señor fué crucificado y pertenece á los católicos ha sido poco maltratado. No se puede decir lo mismo del en que estuvo elevada la Cruz, y poseen los Griegos. Lo que hay que observar mas, es que á pesar del viento violento que soplabá, á pesar de la proximidad de una ventana que podia favorecer los estragos del incendio, nada ha padecido la capilla contigua y exterior de Nuestra Señora de los Dolores.

» Esta capilla, construida en el lugar en que se encontraba la Santísima Virgen con las otras Marías, cuando los Judíos enclavaban á su Hijo en la cruz, ha permanecido intacta; y el cuadro que la representa, aunque tan cerca del fuego, ha quedado tambien sin detrimento.

» Á las seis, la violencia del fuego principió á calmarse; y á las nueve no era ya ni peligroso, ni amenazador.

» El día siguiente, luego que pudieron quitarse los escombros, se percibió con nueva admiracion, que la santa piedra que cubre la de la Uncion, y que se creía estar calcinada, no habia sufrido. Nadie ha perecido; algunos hermanos han sido heridos (1). »

« Este acontecimiento deplorable, continúa otro viajero alemán, se atribuyó á maledicencia, y los Griegos y los Armenios fueron acusados como sus actores. Lo cierto es que los Armenios ningun derecho tenían á la iglesia ántes del incendio, ni poseían en ella mas que una capilla ruinosa, para cuya reparacion la Puerta les habia negado el permiso constantemente. Por esta misma capilla comenzó el incendio, y de allí se comunicó al resto del edificio. Los Griegos mismos á ellos imputan crimen tan odioso (2). » « En cuanto

(1) Geramb, tom. I.

(2) *Les Lieux saints*, tom. II. (Mislin.)

á estos, dice un escritor concienzudo y por su carácter oficial perfectamente informado de los sucesos de Oriente, que desde muy atras han ido preparando la situacion actual; ellos pusieron fuego á la gran cúpula del Santo Sepulcro. Sabian perfectamente que los recursos de Tierra Santa estaban agotados en aquel momento, que carecia de medios para emprender su reconstruccion, y que hecha esta por ellos legitimaria su pretension á ser propietarios del templo á una con los Latinos; pretension que jamas habia sido admitida. Bien sabido es que el incendio devoró toda la parte que ocupaban los Griegos, sus atrevidos profanadores, respetando con admiracion universal cuanto pertenecia á los religiosos latinos, sorprendidos y consternados; podria muy bien haberse dicho ser este un discernimiento del fuego dirigido por Cristo, que defiende los legítimos guardianes de su Sepulcro (1). » Las pérdidas de los católicos en este incendio fueron inmensas, pues olvidada la Tierra Santa de la Europa, envuelta en todo género de calamidades, el Sepulcro del Salvador quedó á merced de los Griegos y Armenios, que abundaban en riquezas, con las que obtuvieron de la Puerta firmanes que perjudican enormemente los derechos de aquellos. Las ruinas venerables del templo mas augusto de la tierra fueron abandonadas á arquitectos orientales, y las manos que habian aplicado sin escrúpulo tizones encendidos á la cúpula y capillas de la sagrada basílica encargadas de su reconstruccion, destruyeron cuanto perdonó el fuego. Las inscripciones antiguas, los viejos epitafios y los adornos latinos desaparecieron. El monumento mismo que cubre el Santo Sepulcro, y no osaron tocar las llamas devoradoras, fué degradado con ornamentos de mal gusto é inscripciones griegas destinadas á probar en los siglos venideros derechos que no existian hasta entónces. Las

(1) M. Eugène Boré, ancien consul général de France à Alexandrie d'Égypte.